

SEGUIRÉ TUS HUELLAS, SEÑOR

Pola

Nací en el verano de 1964, ¿será por eso que el calor me agrada y no me gusta el clima frío? Mi familia y yo somos oaxaqueños. Mi papá es mayor que mi mamá; le lleva quince años. Tuvieron tres hijos varones y dos niñas; cuando mi mamá cumplió los veintiún años, ya habíamos nacido los cinco, tres en la capital y dos en Ixtepec. Como mi papá era militar, durante diez o doce años anduvimos en diferentes lugares del país. Nos establecimos en la ciudad de Oaxaca cuando mi hermano mayor entró en la secundaria; entonces mi papá ya viajaba solo y venía a vernos cada treinta días más o menos.

Mi papá era muy celoso, y cuando mi mamá iba al mercado a dejarle la comida o tenía que llevar a alguno de nosotros al hospital, cargaba con el que apenas empezaba a caminar, con el de brazos y con el que venía en camino. Cuando ya estábamos los cinco, a todos nos llevaba adondequiera que debía ir.

Tal vez porque los hermanos siempre andábamos juntos, nuestra relación hasta hoy día es excelente. Siempre fuimos una familia de siete, mis papás y sus cinco hijos. Todos vivíamos de un solo salario. Mi mamá compraba dos naranjas grandotas y cada una la partía en tres y nos daba una parte a cada uno. A todos nos trataban igual. En Ixtepec íbamos al río, y mientras mi mamá lavaba la ropa de todos, mi papá nadaba y nos cargaba en su espalda.

Cuando vivimos en Papasquiario, Durango, comíamos muchas manzanas; ahí no las comprábamos, sólo teníamos que ir y cortarlas. Traíamos bolsas llenas entre mi mamá y nosotros.

En Oaxaca, los Lunes del Cerro –mejor conocidos como la Guelaguetza– era una fiesta muy esperada, pero no siempre pudimos ir. Las veces que fuimos mi mamá preparaba arroz con huevos duros y frijoles porque allá la comida era cara. Nos divertíamos mucho, y si nos iba bien, comprábamos algún antojo.

Como mi papá casi siempre estaba fuera, era mi mamá quien jugaba con nosotros. Hacíamos dos equipos: ella con los dos más chicos, y los tres más grandes contra ellos; siempre ganaba el equipo de mi mamá. Jugábamos luchitas, cosquillas, cojines, y cuando el equipo de mi mamá iba perdiendo, nos hacía cosquillas y así ganaban. Algunas veces hasta llorábamos de tanta risa. Por separado, mi mamá nos enseñó a las dos hijas a jugar a la comidita, nos compraba trastecitos de barro y pedacería de tela. Le hacía vestidos a nuestras muñecas, cosidos a mano, pues no teníamos máquina de coser.

Cuando mi papá nos veía jugar por equipos, le decía a mi mamá:

–Paca, tú eres una señora...

–Y tú no juegas con los niños, yo lo hago porque conmigo nunca nadie tuvo tiempo de hacerlo –replicaba mamá.

Cuando estaba en casa, mi papá nos contaba muchas historias durante las tardes y parte de las noches, y mi mamá nos daba bolillos con frijoles refritos. De chicos mi mamá nos bañaba, pero nos gustaba más cuando mi papá lo hacía, él no nos tallaba tanto.

Cuando los mayores tenían entre nueve y diez años, mi mamá sufrió una hemorragia repentina. La vimos ahí, de pie, con la sangre escurriéndole con todo y coágulos; el suelo de la casa quedó bien feo. Mi papá corrió a la carretera y regresó con un taxi. Los cinco hijos salimos detrás de mi papá mientras él cargaba a mi mamá y la subía al taxi para llevarla a un sanatorio. “No toquen nada –nos dijo al salir–, yo después limpio.” Nos quedamos

quietos sin decir nada. Tres días después regresó mi mamá. Había perdido un bebé.

Por ese tiempo, mi mamá hizo en alguna ocasión tamales de mole en hoja de plátano y de dulce en totemoxle (hoja de mazorca). Los únicos que comían de mole eran mis papás y mi hermano mayor. Los cuatro restantes no, picaban. Esa mañana almorzamos todos juntos. Era sábado y mi papá se fue a trabajar; mi mamá fue a casa de mi abuelita y le llevó tamales.

Horas más tarde mi papá regresó del trabajo a ver cómo estábamos. Se sintió mal e inmediatamente pensó: los tamales. ¿Cómo estarán en casa? Y se salió de su trabajo. Sentía la cabeza grandota, el cuerpo pesado y que todo le daba vueltas. Cuando llegó, encontró a mi hermano mayor muy malo. Mi papá lo cargó en su hombro y lo llevó al médico. Se hacían veinte minutos hasta el consultorio, y aunque mi papá se sentía mal cargó al muchacho. Era un hombre muy fuerte. Hoy está viejo y enfermo, pero yo recuerdo muy bien cuando era joven y fuerte.

Luego analizaron los tamales y encontraron que habían fumigado las hojas de plátano. No comimos tamales en mucho tiempo.

Cuando tenía doce años, vivíamos en otra colonia, y durante las vacaciones ponía un puesto de fritangas en las noches. Mis tres hermanos más chicos me ayudaban acarreado las cosas de ida y de vuelta. Yo preparaba todo; mi mamá me prestaba dinero. Vendíamos bien y ahí mismo cenábamos. Nos gustaba ir; yo ganaba y mis hermanos cenaban rico. Cuando terminábamos, les tocaban algunos pesitos y a mi mamá otros.

Los sábados mi papá llevaba a mis hermanos a la peluquería y nos boleaba los zapatos a todos, incluyendo los de mi mamá. No toleraba que nuestros zapatos estuvieran sucios, ni crecido el pelo de mis hermanos.

Los domingos mis papás nos llevaban al templo bien bañados. Recuerdo que ese día comíamos delicioso.

Ya de adolescentes, de dieciséis, quince y catorce años, los tres hijos mayores salíamos juntos a las reuniones de los jóvenes en el templo; éramos muy dinámicos. Hacíamos fogatas y veladas de oración; mis papás nos permitían ir a todo esto (aunque había a quien le daban permiso de salir a todos lados y había a quien no). En el verano, los jóvenes nos dividíamos en dos equipos. Durante un mes íbamos a diferentes misiones de la iglesia. Los chicos trabajaban con los hermanos en el tequio de la comunidad, en el campo o en lo que concernía al trabajo de los hermanos. Las chicas preparábamos la comida e impartíamos escuela bíblica de verano a los niños. Cuando regresábamos a la casa donde nos hospedaban, platicábamos cómo nos había ido durante el día y nos preparábamos para tener una reunión general con todos los hermanos durante las noches. Después de cenar, cada quien hacía lo que quería o cantábamos acompañándonos con las guitarras de los muchachos.

En estos encuentros solíamos contarnos nuestras vivencias, arreglábamos la casa, salíamos a caminar y a bañarnos al río. Escalábamos una montaña donde una roca enorme se movía con una mano. La noche antes del regreso a casa cantábamos mucho y terminábamos llorando, nos abrazábamos y parecía que no volveríamos a vernos nunca. Fueron experiencias inolvidables de adolescencia.

Esa tarde o noche mi mamá nos permitía dormir mucho, pero a la hora de la cena mi papá nos llamaba a cenar. En la cena les platicábamos cómo nos había ido. Mi papá siempre decía: ustedes no toman precauciones y eso no debe de ser, aunque tengo que reconocer que la juventud es preciosa.

En este tiempo nuestra economía ya estaba un poco mejor; mi papá se había pensionado y tenía otro trabajo en Oaxaca.

En 1979 me peleé en la escuela, le pegué a un niño y también le contesté mal a la asesora cuando me llamó la atención, y como además debía dibujo técnico, me expulsaron. Iba en segundo de

secundaria; perdí el año. Mis papás me castigaron: no iría más a la escuela. Trabajé entonces en una campaña de publicidad en una radiodifusora. De mi primer sueldo me compré una bolsa de mano que me gustaba mucho. Después empecé a trabajar en una *boutique*; creo que fue en 1981 cuando volví a la escuela otra vez con la condición de no pelear y no reprobar nunca. Acepté, me cambiaron de secundaria. Entré a segundo año. Ahí tuve mi primer novio, Marco Antonio. Muy lindo, todos los días me llevaba a casa y me preguntaba:

—¿Quieres un helado?

—Sí.

—Pero nos vamos caminando.

Todos los días comíamos un helado entre los dos. Ponía su libreta en mi mochila, la cargaba, agarraba mi mano y a caminar.

Los sábados nos veíamos porque yo estaba en el equipo de básquet; el domingo no, porque tenía que ir al templo. El verano llegó y me fui con los jóvenes. De regreso, en tercer año, seguimos siendo novios; como el segundo fue bueno, mis papás me dejaban salir más. Un día platicué sobre mi novio con mi hermano el grande y no supo qué decirme. Con el tercero de secundaria culminó mi infancia, la primera etapa de mi vida a la cual podría titular: “Mmm... comiendo helado”.

Quise ir a la escuela militar, mi papá no aceptó. Le rogué durante mucho tiempo, pero siempre me dijo que era una vida muy difícil y que no aguantaría.

Hacía poco que había iniciado el agrupamiento de la policía femenil estatal, y de tanto insistir aceptó. Me incorporé a las filas de las uniformadas. Me emocionaba, me gustaba, estaba en mi sangre. En 1983 casi toda la generación estaba embarazada. El capitán primero de Infantería, Pedro Díaz, director general de Seguridad Pública, dividió Tránsito y Policía, a las embarazadas las dio de baja y a todas las demás nos envió a Tránsito. En Tránsito del estado pertencí al grupo de Educación Vial, así que asistí a muchos

cursos para después enseñar a los niños en las escuelas los señalamientos y el paso de calles.

En ese tiempo la Secretaría de Turismo empezó a impartir cursos de guías (ya que teníamos que dar información), pues Oaxaca se mantiene del turismo. Siempre fui afortunada por asistir a esta capacitación, pues me permitió conocer a mucha gente.

Todas mis compañeras tenían novio menos yo, así que siempre caminaba sola. Un día uno me dijo:

—¿Quieres ser mi novia?

—Sí —contesté. Vino la primera salida y ¡sorpresa!: era casado. Terminamos. En muchas ocasiones me sucedió igual, por eso ni siquiera menciono nombres. Todos mis compañeros de trabajo estaban casados. Un día Marco Antonio (mi novio de secundaria) fue a buscarme. Sorpresa: yo venía de la mano con un novio. Me vio, nos vimos y se fue. Fui detrás de él, pero no me esperó. A los pocos días una gran amiga de ambos, Rosa Martha, me dijo: “Lloró mucho, nunca volverá a buscarte”.

Durante varios meses dejé de salir con mis compañeros de trabajo con la ilusión de que Marco regresara. Todas las noches caminaba hasta el parque Paseo Suárez y le daba la vuelta buscándolo con los ojos; ahí era donde él me compraba mi helado todos los días, y cuando íbamos al partido ahí nos esperábamos. Los sábados que salía temprano de trabajar me sentaba donde él y yo lo hacíamos tiempo atrás. A veces me compraba yo un helado y lo recordaba con mucha nostalgia porque fue mi primer novio, niño lindo que nunca pasó de tomar mi mano, observarme mucho y darme uno que otro besito; como era alto, siempre abrazaba mi cabeza contra su pecho. Ahora los novios son diferentes, por eso normalmente los noviazgos sólo duraban una salida. Nunca lo encontré.

Al llegar el verano de 1983 me incorporaron al Batallón Femenil de Crucero. Representó mucho trabajo. Todas las mañanas íbamos a tomar defensa personal (la mitad de la corporación, y la otra mitad a cubrir escuelas), almuerzo una hora y después todas

a cubrir la ciudad. Al medio día, una hora de instrucción militar y otra de acondicionamiento físico, una hora comida y baño, después a cubrir otra vez toda la ciudad hasta el cierre de los comercios. Los domingos descansábamos medio día.

Ahí conocí a una sargento segundo que era mi jefa directa, Anita Alicia Ríos. Era muy exigente y tenía una voz que, por temor a oírla, cuando la veíamos ni siquiera respirábamos. Un día coincidimos en las regaderas y me preguntó: “¿Dónde estabas antes?” Al salir de las regaderas fuimos juntas a comer y ahí nació una buena amistad.

Con el tiempo le conté por qué siempre andaba sola; ella estaba casada con Ricardo y tenía un bebé. El matrimonio empezó a invitarme a salir y paseaba con ellos; cuando Ricardo venía por ella para ir a comer, íbamos juntos. Al poco tiempo ella quedó embarazada y la reubicaron en una oficina. Nuestras pláticas y salidas se fueron espaciando.

Cuando ella se fue, me dijo Lulú, una subteniente: “Qué, ¿muy chingona porque eras la consentida de Ríos?” No dije nada, era fin de semana y no quería quedarme arrestada. Empezó a presionarme, pero hasta la fecha somos amigas. Ese verano, en la verbená que cubríamos un día antes del primer lunes de la Guelaguetza, estuve de pareja con un compañero, Elías. Comenzamos a la medianoche. Mientras estuvimos de servicio, me preguntó:

—¿Por qué no tienes novio?

—Todos están casados y son mentirosos. Además, todos contra todas; quiero algo nuevo.

El servicio terminó. Después de pasar lista, él se fue a su casa y yo a la mía. No pasaron ni quince días, cuando Elías me buscó.

—Tengo tu prospecto. Hoy te lo mostraré cuando salgamos a comer.

—No iré a comer, estoy en el contingente del desfile.

—En la noche, entonces; quiero que seas la primera en salir.

Esa noche, en cuanto rompimos filas, grité:

—¡Elías, Elías!, ¿dónde estás?

—No grites, ven —y salimos juntos de prisa y le dimos vuelta al cuartel. Me enseñó a una persona que subía a su auto.

—¿Quién es? —pregunté.

—Es Padilla, un licenciado en administración de empresas. Creo que es recomendado, ya tiene puesto y apenas llegó, viene de México. Apúrate a presentarte, tiene muchas admiradoras y él sólo está observando.

Se fue y regresamos al cuartel. La subteniente Lulú, mi amiga, preguntó:

—¿Dónde estabas?

—Mañana te cuento. Voy a cambiarme.

—Me cuentas ahora o te doy media hora de balazos —las dos nos reímos. Jugábamos mucho con todo lo que hacíamos, así que le conté—. Mañana nos presentamos con ese pelado, y si no nos hace caso, lo fusilamos.

Salí esa noche muy tarde por estar platicando con ella, las dos solas en el dormitorio. Al salir, Julián, su novio, estaba bien bravo y no me acompañaron a tomar mi carro ni me fueron a dejar a casa. Me fui caminando; ya no había camión. Eran las once de la noche. Pensé que me gustaría tener novio y que Lulú me ayudaría. La mayoría de mis compañeras no me quería ni me aceptaba porque los mandos superiores eran mis amistades.

Al otro día Lulú y yo platicábamos; hacíamos muchas bromas y dábamos por hecho conocer al tipo. Tuvieron que pasar varios días para que llegara el momento de presentarnos. Lulú lo abordó:

—¿Quién eres? ¿Quién es tu padrino?

—¿Qué le pasa? —se sonrojó—. No crea lo que se dice. Para que borre esa idea de su mente las invito a comer a la dos.

Caminamos hacia una cafetería. Comimos y platicamos cosas sin importancia. La hora de la lista se aproximaba y emprendimos el regreso. Pasaron varios días. Una noche, al ir caminando como de costumbre, Padilla me alcanzó: “¿La acompaño, señorita?”

preguntó sonriente, y fuimos a la parada del camión mientras platicábamos. Al día siguiente le conté a Lulú:

—¿Qué crees? El tipo me acompañó a tomar mi camión.

—Es tuyo —contestó.

Reímos mucho. Ese día alucinamos tanto que no salimos a crucero. Nos castigaron. A ella le levantarían un parte informativo y a mí me arrestarían, así que fuimos con el médico de la corporación, el doctor Gutiérrez, y Lulú le dijo: “Jefe, mi amiga está enamorada”. A grandes rasgos lo puso al tanto de lo ocurrido. Así que el médico vendó mi pie y me incapacitó por dos días. Me fue bien después de todo. Mi jefa y amiga dijo que me caí de la litera, que me había auxiliado y llevado a casa, y que por eso no había cubierto el servicio. Cuando regresé, durante dos o tres días caminé lentamente para que no sospecharan nada.

De vez en cuando Padilla nos invitaba a comer y, también de vez en cuando, me acompañaba a tomar mi camión. El novio de Lulú era muy celoso y enojón, así que en lugar de ir al servicio, Padilla, Lulú y yo nos íbamos al cine, y antes de que la película terminara, ella salía corriendo a checar los últimos servicios.

Mes y medio después, Padilla y yo éramos novios. A veces venía a la casa por mí y me llevaba al trabajo. El 12 de diciembre fuimos a cubrir un evento: Juan Gabriel vino a un programa que las radiodifusoras pagaron. Me tocó ir y tuve la oportunidad de abrazar y besar a Juanga. Para mí, esa noche fue padre. Todos y todas se reían de Padilla delante de mí y le decían: “¿Tienes cara de Juan Gabriel o él tiene tu cara?” Se enojó mucho y se fue. A los pocos días me buscó, fuimos a cenar y platicamos tanto que nos reconciamos. Ese día empezaron nuestras relaciones sexuales. Nunca antes lo había hecho. Ese mismo mes quedé embarazada.

El 2 de enero celebrábamos nuestro aniversario como corporación. Hubo fiesta y sus celos salieron a flote. Nos salimos peleando. A los pocos días lo mandaron a una delegación en Miahuatlán. Fui a verlo para decirle que estaba embarazada. No le gustó la

idea. Cuando mi mamá se dio cuenta, me dijo: “Ahora que venga tu papá te voy a llevar con el médico”. Me dio miedo y me fui de la casa a buscar a Padilla: “Vine a quedarme contigo”. No le agradó, pero aceptó. Abandoné mi trabajo, prácticamente deserté. A los diez días fuimos a hablar con mis papás.

Mi mamá estaba muy enojada: “¿Acaso vivías en la calle? ¿Por qué tomaste esa decisión? Siempre te dimos lo que quisiste”.

Nos regresamos. Lo cambiaron y vinimos a vivir a Ejutla. Ahí ya era delegado. No me llevaba a ningún lado, no quería que nadie me viera ni me conociera. Me tenía encerrada.

Un día mi papá fue a visitarme y me dijo: “Vamos a la casa a ver a tu mamá”. Me llevaron al centro a comprar dos batas de maternidad y ropa interior. Esa tarde Jaime (Padilla) llegó por mí. Salí con una bañera para el bebé llena de sábanas, chambritas, cobijas, zapatos, todo hecho a mano por mi mamá. A él no le gustó y discutimos de regreso porque lo hacía quedar en vergüenza. “Que mis papás se den cuenta no es mi culpa.”

Mi papá me daba dinerito y yo lo guardaba, así que de vez en cuando iba a visitarlos. Vivían fuera de la ciudad en un fraccionamiento nuevo y sólo había dos corridas de camión. Mi familia me recibía muy contenta. No me permitían hacer nada y mi mamá le hablaba a mi barriga: “¿Cómo estás, bebé?” Todos en casa querían niña. Mis hermanos estaban fascinados. “Tendremos nene”, decían.

Un día llegué a casa en Ejutla. Jaime estaba furioso y borracho.

—¿Dónde estabas? ¡Tú tienes que estar aquí! —gritaba.

—Tú vienes cuando quieres; cuando te sobra dinero me das —él siempre tenía—. Además, faltas mucho, no siempre duermes aquí y nunca me has consentido como antes de vivir juntos...

Me empujó y me pegué con la piecera de la cama. Me encerró y se fue. Me levanté como pude y me acosté llorando, deseando morir. A los dos días de no salir, la dueña de la casa vino a ver qué pasaba. Como no obtuvo respuesta, abrió la puerta y me encontró

acostada, pálida y llorosa. Fueron por un médico. Le dije que me caía, nada más. Me llevaron al sanatorio. No había comido en dos días y al bebé no le encontraban el latido. Me pusieron suero y medicamentos. Me sacaron un ultrasonido. El doctor dijo que si el niño no reaccionaba, me harían una cesárea, y que era muy importante que saliera de esa depresión.

Pasé tres días en el sanatorio. La dueña de la casa y sus hijas me iban a ver; terminé por decirles lo que había pasado. “Váyase con sus papás”, me aconsejaron. A ellos nunca les conté. La señora Leonor –la dueña de la casa– fue a buscarlo y lo encontró con otra mujer. Le gritó que era un cínico; al regresar, me contó sus infidelidades y las fiestas a las que él iba.

Jaime vino a verme. Me pidió perdón, y después de que me dieron de alta guardé reposo algunos días. Él estuvo pendiente de mí y me apapachó. Más que amor era culpa. Todo volvió a la normalidad: él a faltar y yo a estar sola, así que me iba a casa de mis papás, a cuatro horas de distancia. Ahora me quedaba hasta por dos o tres días. Si se ponía regañón, lo amenazaba con decirle a mi papá que me había tirado y que el bebé estuvo en peligro. Ya no me decía que no fuera. Estaba en el séptimo mes de embarazo. Mis papás complacían mis antojos. Mi mamá me enseñó a bordar unas sábanas para el bebé. También hice una cobija. La llevaba y la traía para avanzar. Mi hermano Teo dibujó los pañales; hasta eso bordó mi mamá.

El 30 de agosto de 1984 vine a decirles que ya estaba en días y a pedirles dinero prestado. Lo quería por si algo se me ofrecía. Me iría con mi bebé. Él quería niña. Para regresar, mi mamá me llevó al taxi colectivo y le dijo al chofer que pagaba dos pasajes, pero que me llevara adelante sola. Mi estómago era enorme. El chofer no quiso y nos formamos para esperar el taxi que vendría atrás. De repente, el chofer se bajó y vino hacia nosotras:

–Señora, discúlpeme, no la había reconocido. Usted es la esposa del delegado. Por favor, venga, sí la llevo.

—No, ahora no — dijo mi mamá — y el señor se disculpó y se fue. Cuando llegó el otro taxi, me despedí de mi mamá. El chofer empezó a platicar. “Vamos a ir un poco despacio desde Ejutla hasta San Juan porque está lloviendo mucho.” La conversación era entre todos los pasajeros. Poco antes de entrar a Ocotlán, el tráfico se puso terrible. Ambulancias, patrullas de tránsito, federales de caminos y policías. De pronto, Padilla estaba frente al taxi en que yo iba. Estaba desviando la circulación. Me vio y me ordenó que me bajara. Pagué y me llevó a su carro.

Al ir caminando vi lo que había sucedido: un taxi que viajaba a gran velocidad chocó, en el carril contrario, contra una camioneta del Servicio Panamericano de Protección que, igualmente, iba muy rápido. Uno de los vehículos derrapó y chocaron de frente. Hubo un muerto en la camioneta de valores. El señor del taxi, muerto, estaba tirado en la carretera: era el chofer que no quiso llevarme. Todos, todos los pasajeros estaban muertos. Me salvé de morir. Al contárselo a Jaime me abrazó y dijo: “Es la segunda vez que tú y el bebé sobreviven”. Me llevó a cenar y luego a bailar. Era la fiesta del pueblo y llegamos a las cinco de la mañana a la casa. Esa noche platicamos como una pareja normal. Me gustó.

A las siete de la mañana sentí un dolor en el vientre. Él se enderezó y dijo: “Hoy nacerá el bebé”. Se levantó, se bañó y se fue a la oficina a arreglar algunas cosas. Prometió regresar para ir al sanatorio. A eso de las tres de la tarde nació mi bebé. Era varón. Al momento de nacer lloró, pero dejó de hacerlo muy pronto. Le pusieron una inyección y lo metieron a una incubadora. Esa noche llegó un señor de un pueblo cercano con un recién nacido pidiendo una incubadora. Sólo había una, pues era un sanatorio pequeño. El señor lloraba y el doctor dijo: “No sé en qué condiciones viene el bebé, déjeme revisarlo. No podemos meterlo a la incubadora, tenemos un niño y está bajo de defensas”. El bebé del señor murió.

Al tercer día nos fuimos a casa de mis papás a pasar la cuarentena. Jaime nos llevó. Mi familia estaba loca, todos cargaban y cuidaban al bebé, y yo como reina. Comida especial, atenciones para los dos. De vez en cuando Jaime venía a vernos y me daba dinero. Estaba con nosotros y al otro día se iba muy temprano a trabajar.

Cuando el niño cumplió treinta días, lo llevamos a Ejutla a que lo revisara el médico que lo recibió. Dijo que estaba perfecto y nos recomendó un pediatra en la ciudad para que no tuviéramos que viajar. Lo registramos en Ejutla. Volvimos a la casa de mi mamá esa noche. No volvimos a saber de Jaime. Se nos hizo raro. Después de quince días vino a comunicarnos que lo habían transferido a Putla, más lejos: “Así que vine por ustedes. Nos vamos”. Entre mi mamá y yo arreglamos las cosas y nos fuimos.

Dos o tres días todo estuvo bien, después él volvió a las andadas; mientras más subía de puesto más mujeriego y borracho se volvía. Cuando el bebé lloraba, lo regañaba y discutíamos. Empezó a sentir celos de su propio hijo. Dijo que por atender al bebé ya no lo atendía a él. Mi papá habló por teléfono preguntando cómo estaba su nieto y su hija. Jaime respondió que bien. Nos extrañaban en casa.

Jaime me daba a diario un poco de dinero para la comida. Tenía miedo de que me fuera, pero yo guardaba lo que mi mamá me había prestado. Un día tomé al bebé y nos fuimos con una mano atrás y otra adelante. No nos llevamos nada. Les dije a mis papás que venía a quedarme. Nos recibieron muy bien. Pronto encontré trabajo. Mi mamá cuidaba al niño y yo salía tranquila. Como a los ocho meses me encontré a Padilla. Los dos quedamos muy sorprendidos. “¡Qué guapa estás!, te ha sentado muy bien la maternidad. Quiero volver con ustedes. Los extraño mucho.” Le dije donde trabajaba y volvió a rondarme.

Al cabo de unos meses nos dimos otra oportunidad. Mis papás no estuvieron de acuerdo. Jaime, el bebé y yo nos fuimos un mes de vacaciones para intentarlo. Volví a dejar mi trabajo. Nuestra

vida era un infierno. Sus celos por el niño lo llevaron a pegarle un día que lloraba. También sentía celos de sus amigos, y más cuando comentaban que yo era muy joven, porque Jaime es diez años mayor. Así que cuando regresamos a la casa de mis papás a recoger nuestras cosas y a buscar dónde vivir, le di el bebé a mi mamá y le dije a Jaime, segura del apoyo que me brindaría mi familia: “No me voy”. No hizo escándalo y se fue.

Estuve unos meses en la casa mientras encontraba empleo. Era muy difícil. Después de mucho batallar regresé a darme de alta en la Dirección de Seguridad Pública del Estado. A pesar de ser reintegro, me enviaron al Centro de Adiestramiento Básico Individual. Fue duro. Salía a las seis de la mañana de casa y me iba toda la semana. Sábado y domingo sólo llegaba a dormir. El niño me extrañaba y lloraba. Una semana antes de cumplirse los tres meses del básico, el Centro se volvió Academia y nos fuimos hasta San José del Progreso, adelante de Puerto Escondido. Permanecí varios meses ahí antes de volver a casa.

Como pie veterano y con la experiencia que yo tenía, el director de la Academia –teniente del ejército– delegó en mí muchas responsabilidades. Eso implicaba casi dieciséis o dieciocho horas de trabajo diario. Era muy agotador, pero económicamente me iba bastante bien. Ahí me empezó a gustar mucho el mando y el dinero. Además, conocíamos gente y muchos lugares, porque me volví su mano derecha. Adondequiera que el teniente iba, yo iba con él. Comíamos de lo mejor. Yo tenía la misma facultad que cualquiera de los instructores, pero más trabajo y muchos secretos que guardar.

Después de algunos meses me mandaron a la ciudad de Oaxaca. La ciudad estaba dividida en seis zonas y la comandante de la zona 5 me conocía de la vez anterior en que había pertenecido a la corporación, así que cuando me reincorporé, ella me solicitó, pero para hacerme la vida de cuadritos. Respondí a los servicios que me ordenaba y mis turnos tenían saldo blanco, con

uno o dos carteristas detenidos, así como cuatro o cinco escandalosos en vía pública. Esto me abrió las puertas y empezó a delegarme la responsabilidad en turno.

En mi mente ya se movía la idea de que llegaría lejos. Empecé a ser escolta de mi comandante, y a todas las comidas o juntas de jefes que él asistía, yo también iba. Me relacioné con los altos mandos, lo que disgustó a mi superior inmediato, por lo que cada vez que el personal salía de comisión fuera de la ciudad y por tiempo indefinido, me mandaba a mí. Así transcurrieron algunos años, hasta que a principios de 1990 llegó como director de Seguridad un coronel de infantería, y como subdirector, un mayor. Eso fue terrible. Todas las mujeres de la corporación empezamos a sufrir acoso sexual, y cuando no accedíamos, nos enviaban a la peor de las partidas, y encima recomendadas.

El subdirector, no sé de dónde era muy amigo de Padilla, y a pedimento de él me mandó a la partida más grande, Juchitán, y como cocinera. Mi hijito, de casi siete años, lloraba, y cuando mi niño lloraba, yo maldecía a Padilla. Si él se hubiera hecho responsable de nosotros, mi niño no tendría que llorar cuando me iba.

En ese tiempo Vicencio era comandante, pero teníamos años de conocernos. Me admira mucho y estrechamos nuestra amistad, siempre me decía: “Topil, admiro todo lo que has aguantado”. Cuando yo salía tarde, de vez en cuando me llevaba a casa o le ordenaba a su chofer que lo hiciera. Eso fue porque el tal Padilla pidió que me separaran de la ciudad. Así que al mes, cuando regresé con permiso a ver a mi hijo, fui a Zochila, donde estaba Padilla como delegado. No había llegado y me senté a esperarlo en su oficina. Tenía dos secretarías; una de ellas salió de su privado y con mucha familiaridad le comentó a su compañera cómo era el delegado; me di cuenta de que era su amante en turno.

Cuando llegó, perdió el color al verme. Muy enojado me tomó del brazo y me llevó a su privado sin que yo dijera nada. Empezó

a gritarme, así que también yo grité, y manoteamos. Le dije: “Nunca has sido responsable, y en lugar de gastar el dinero en tus pirujas deberías hacerte cargo del niño y no alejarme de él valiéndote de compadrazgos; todo lo que tienes te lo han puesto en bandeja de plata, pero yo me la he rajado para estar donde estoy”. La secretaria quiso intervenir y la detuve: “Yo no hablo con las amantes de este barbiján, así que los dos manténganse a distancia de mí”. Salí de ahí y me fui a casa.

A mi hijo le decía: “Vine a verte por un día”, y él me pedía: “Quédate dos”, y así lo engañaba, pues en realidad tenía dos días, pero así el niño creía que lo complacía. Me gané el aprecio del general que era mi jefe en Juchitán. Yo le daba almuerzo, comida y merienda a todo el personal, casi doscientos elementos. Tenía un ayudante que era súper movido; yo guisaba todo y él lavaba los trastes y las verduras.

Impuse la orden de que cada elemento de tropa tenía que lavar sus utensilios: plato, vaso, cuchara, porque así nos aligeraban el trabajo. Todos estaban muy contentos; en años no habían tenido una comida tan excelente.

Conocí a una ganadera que me regalaba leche; el carnicero me regalaba la mitad de la carne que yo compraba; si iba al muelle antes del amanecer, me daban pescado, jaiba o camaroncito. Todo lo que me regalaban yo lo cobraba, así que empecé a hacer dinero, y tres días al mes mi general me dejaba ir a casa. Les llevaba mariscos y los preparaba; mis papás y mi hijo la pasaban muy contentos. En la partida no gastaba, vivía y comía en el cuartel, y todo lo que me quedaba de dinero era muy buena cantidad, así que mi mamá me hacía favor de cobrar mis quincenas íntegras.

Llegó noviembre, temporalmente me reconcentraron en la ciudad; después del desfile regresaría a Juchitán. El subdirector me mandó traer: yo abría el desfile siempre con el guión de Seguridad Pública del estado, así que como les hacía falta, me puse al brinco: “Si me reconcentra en la ciudad desfilo, y si no, regreso a

mi partida”. Giró un oficio y me quedé en la ciudad. Todos mis muchachos lo resintieron, yo también, ya que el ingreso era muy bueno, pero en la ciudad paseaba con mi niño dos o tres tardes a la semana, le gustaba mucho. Le enseñé a nadar y a jugar básquet.

Después del desfile el subdirector me acosó y le pregunté: “¿No que usted es muy amigo de Padilla? Entonces, ¿por qué me persigue?” Inmediatamente me mandó de comisión a San Martín. Le platicué a mi mamá y me aconsejó: “Date de baja, hija. Mientras encuentras otro trabajo, aunque sea frijolitos hemos de comer”. Mi hijito, que estaba presente, aclaró: “Mami, a mí no me gustan los frijolitos”. Lo vi, sonreí y me acordé de que nosotros de niños vivíamos con limitaciones. Él no conocía una negativa en lo que deseaba, así que le dije a mi mamá: “Los jefes van de paso, nosotros continuamos”. Me fui junto con mi amiga Minerva, subteniente, mi amiga y mi jefa. Sufrimos mucho, fueron muchos días de camino. Había problemas de límites de tierra. Santa María y San Martín no tenían para comer, pero tenían mejor armamento que el nuestro. Dormíamos poco, caminábamos mucho, soportábamos el lluvioso clima todo el tiempo y durante varios días no nos bañábamos. Cuando íbamos a Tlaxiaco, nos bañábamos y descansábamos; todos me respetaban y me admiraban mucho por el aguante.

Un día mi amiga Minerva fue llamada a la ciudad y yo me quedé.

En el último año del sexenio del gobernador Eladio Ramírez López fui a la ciudad porque el gobernador dio su informe en las siete regiones que conforman el estado, así que hacíamos un desfile en cada región. Viajé mucho durante cinco meses aproximadamente, todo muy padre.

Al terminar regresé a San Martín. Llegó el cambio de sexenio, y en consecuencia también el del director y subdirector de Seguridad Pública. Junto con el licenciado Diódoro Carrasco vino el mayor Santos, quien ordenó que el personal femenino de todas las

partidas se incorporara ese día. Delante de todo el personal en Tlaxiaco alcé mis manos al cielo y agradecí a Dios porque los jefes anteriores se habían ido.

Al llegar a la ciudad me presenté con mi jefe Barrita y él me recibió muy contento. El mayor Santos ordenó que a las chicas se nos buscara lugares no muy peligrosos, como museos o lugares turísticos donde resguardáramos el orden. Mi jefe Barrita me propuso para sargento segundo; él no comprendía que tanto tiempo y esfuerzo invertidos no me hubieran dado un grado. Aprobé y tomé el grado. Al poco tiempo el mayor Santos necesitaba una secretaria y me enviaron a mí. Yo ordenaba su agenda y sus audiencias de diferente índole. Por las tardes estaba libre, así que durante casi un año fui a diario por mi hijo a la escuela y todos los fines de semana paseábamos. Un día el mayor habló conmigo: “Te voy a ascender a subteniente”. Acepté gustosa. Me mandó a tomar diversas capacitaciones especiales, y al término me nombró instructora de un agrupamiento femenino. Tenía que impartir diversas materias y adiestramientos bajo la supervisión de mi anterior comandante (de la zona 5). Trabajaba tiempo completo de lunes a viernes, y el sábado medio día; me quedaba día y medio para estar con mi hijo. Todo seguía bien.

Cuando estuve en la oficina con el mayor Santos conocí a una amiga, Olivia, quien me invitó a vender productos Zermat. Esta línea tiene perfumes, cosméticos, tratamientos faciales, joyería y lencería, así que le entré y vendí con mis alumnas y con mis amigos en el cuartel. Mis ingresos subieron y empecé a comprar en una bodega pantimedias, lencería y calcetines. Les enseñaba a mis alumnas que se vendían bien y les vendía de todo; ellas querían ser como yo. Nunca faltaba a los actos que Zermat organizaba; siempre me tocaban premios porque mis ventas eran muy altas. Me relacioné con más gente. Cada veinte o treinta días iba a la Dirección General a darle un informe al mayor sobre el avance de las alumnas. Estaba muy contento conmigo y le gustaba mi

trabajo. Un día Olivia me contó: “Van a lanzar la moda primavera-verano de lencería, pero como ampliaron la casa no les alcanza para pagar modelos. Van a hacer pruebas, ¿por qué no le entras? Fui y pasé la prueba, así que también le hice al modelaje de lencería.

Todo iba muy bien, hasta que en septiembre de 1995, en un servicio, conocí a Eloy, un teniente del ejército. Nos presentamos solos. Me dijo a donde pertenecía y yo también. Platicamos mucho tiempo, tres o cuatro horas (conocía a muchos militares por cuestión de servicio, así que no me parecía raro platicar con uno más). Él se tuvo que ir antes y se despidió. Al cabo de un rato me ordenaron por radio recoger a mi personal y retirarnos a la base. Al otro día nos enviaron al mismo dispositivo de seguridad y volví a encontrar al teniente Eloy. Conversamos otra vez. Terminó el servicio y nos despedimos. A los diez días, más o menos, cuando estaba de oficial de cuartel, recibí una llamada telefónica. Era él. Ya no me acordaba, pero hicimos una cita para el día siguiente, cuando yo saliera de servicio.

Fuimos a cenar, era todo un caballero: me abrió la puerta de su coche y acercaba la silla; hacía mucho tiempo que nadie tenía un gesto de caballerosidad conmigo. Las salidas se hicieron más frecuentes y las conversaciones más profundas, queriendo saber más el uno del otro. Al cabo de un mes ya éramos novios; me agradaba porque no pedía la relación sexual y se portaba bien.

A él se le hacía muy raro que yo, a mi edad, fuera soltera. Le dije lo mismo. Al mes decidimos ir a la casa para que conociera a mi familia. Era el primer hombre que entraba a casa después de diez años y seis meses de haberme quedado sola. Así que mi familia aceptó que fuera, después de que platicamos y le explicamos al niño que mi amor por él nunca cambiaría ni terminaría. El niño sólo lloraba y no quería entender nada. Mi cuñada la mayor, con mucha calma, le explicó. Llegó el día y él vino conmigo a casa. Mi mamá empezó a cuestionarlo y me enteré de algo que nunca me había dicho: era divorciado; el argumentó que yo lo sabía. Callé,

no dije nada ante su primera mentira. Cuando se fue, mi mamá me aconsejó: “Hija, no te conviene. Siempre te va a estar comparando y tendrás que ver a la señora y a sus hijas, y si una vez se divorció, lo volverá a hacer”.

No le dije nada a él. Un buen día, el 95 batallón partió a Juxtlahuaca, y yo hablé con mi mayor Santos para que también me mandara a mí. Eloy, mientras tanto, seguía insistiendo. Mi jefe y yo platicábamos de muchas cosas y entre otras me dijo:

–Todos los militares son mujeriegos, no te vayas con él.

–Mi decisión está tomada –y mi jefe ordenó que me transfirieran a Santiago Juxtlahuaca, no sin antes decirme que en el momento en que necesitara su apoyo como jefe, contara con él.

Eloy y yo fuimos a casa a informarles del movimiento a mis papás. Mi mamá mostró su desacuerdo, por lo que ahora era yo la que pedía irme y dejar al niño. Eloy le dijo a mi madre: “Señora, dentro de un mes vendremos ya casados”. Ella aceptó. Nos fuimos buscando una casita donde vivir y compramos lo más indispensable. La mayor parte del dinero, tal vez el ochenta por ciento, lo puse yo.

Transcurrieron quince días, hasta que una noche faltó. Al día siguiente me fue a buscar a mi partida y me dijo: “Lo siento, no puedo seguir contigo. Mi esposa está con las niñas e iré a buscarlas, extraño a mis hijas; con ella no quiero nada, pero ¿qué hago? Me voy”. No respondí nada y me fui adonde vivíamos. Como a la hora de que él se fue, descubrí que su ropa no estaba, se la había llevado; lloré como nunca lo había hecho, durante toda la mañana me quedé encerrada. A eso de las dos llamé a mi papá por teléfono y le pedí que fuera por mí. A grandes rasgos lo puse al tanto, y esa misma noche, como a las 10:30, llegó mi hermano mayor en su camioneta junto con mi papá. Ambos me abrazaron mientras yo seguía llorando. Inmediatamente abordamos la camioneta, me acosté en el asiento de atrás y volvimos a la casa de mis padres. Mi mamá me dijo que me acostara; eran casi las

cuatro de la mañana. Al otro día, casi a las diez de la mañana, me despertaron. Mi mamá me dio de almorzar y me preguntó qué había pasado. Le conté todo. También le dije que el lunes hablaría con mi jefe y le pediría mi cambio a la ciudad. Era sábado, me tomaría el fin de semana. Mi hijo, muy lindo, me decía: “Mami, yo te quiero mucho” y me abrazaba.

El domingo muy temprano: sorpresa. Llegó Eloy a la casa. A mi mamá no le pareció, pero él dijo que quería hablar conmigo. Acepté. Me explicó que estaba de vacaciones y que en ese tiempo aclararía todo con la madre de sus hijas. Yo, tonta, regresé a media semana junto con él a Juxtlahuaca sin el consentimiento de mi familia. Las cosas entre él y yo se enfriaron un poco, ya no era lo mismo. Al mes fui a casa de mi mamá y no me trató como siempre, así que ya no me sentía como en familia y pronto me regresé. A los pocos días, mi mamá me habló por teléfono y me dijo que pensara bien lo que estaba haciendo, el niño estaba muy triste y habían bajado sus calificaciones. Se lo dije a Eloy, y firmemente decidida regresé a Oaxaca. Inmediatamente me entrevisté con el mayor Santos y le conté la situación de mi hijo. Autorizó que me quedara con él el tiempo necesario. Le di las gracias y me despedí. Empecé a llevar a mi niño a la escuela todos los días y a traerlo de regreso, volvimos a pasear otra vez y yo me ocupé directamente de él durante casi un mes. En todo ese tiempo, mi mamá y yo peleábamos por cualquier cosa, pues no estaba de acuerdo en que yo regresara.

Cierto día, llegó a buscarme una unidad con la orden de presentarme en el cuartel. El jefe operativo se dio cuenta de que me había separado de la partida porque Eloy, casi a diario, dejaba recados por teléfono. Entonces notaron que no sabían dónde estaba. Para entonces, mi hijo había mejorado en todo, así que me presenté de inmediato. No dije que el director me había autorizado el permiso, pues si sabían que el mayor me favorecía, no dejarían de fastidiarme.

Me asignaron servicio de patrullaje, por lo que iba y venía por mi hijo a la escuela. Él volvió a ser feliz.

Un día, mientras descansaba en el cuartel, llegó a buscarme una persona desconocida: era la hermana de Eloy. Me dijo que estaba muy preocupado por mí, que no me localizaba por ningún lado y que me extrañaba mucho. Habló mucho a favor de él, por lo que prometí visitarlo. Solicité mis vacaciones y, junto con mi hijo, me fui a verlo. La casa estaba vacía, así que fui a buscarlo al cuartel. Se sorprendió al verme frente a él.

—¿Dónde vivimos ahora?

—Como no estabas, desocupé la casa, era mucho para mí, así que renté un cuarto.

Nos llevó a cenar y después al cuarto. Era un cuarto vacío, lo que habíamos comprado ya no estaba. Se llevó todo, y en el mismo pueblo vivía la otra señora con mis cosas; hasta mi ropa desapareció, así que nos quedamos en un hotel. Mi hijo empezó a quejarse. “Eres un desgraciado —le gritaba—, nunca me has dado dinero y, por si fuera poco, te llevas lo que compré.”

Al otro día regresamos a Oaxaca a la casa de mis papás. Mi hijo puso al tanto a mi mamá de lo que había pasado. Durante ese tiempo perdí mucho, ya no vendía tanto como antes y descuidé mi servicio al igual que a mi familia.

Su mamá fue a conocerme al trabajo y a hablar en favor de su hijo, que lloraba, que me extrañaba y que me quería mucho. No volví.

A finales de noviembre de 1995 él y sus papás llegaron para hablar con mis papás y conmigo. Era un domingo en la tarde. Sus papás se comprometieron a solucionar esta situación. Se divorciarían para, de una vez por todas, vivir bien conmigo. Mi mamá no aceptó muy bien, pero como los papás de él se responsabilizarían, accedió.

A los pocos días lo transfirieron a Puebla y me avisó que venía. Para entonces sus dos niñas, de seis y cinco años, estaban con

la mamá de él, y dos o tres veces por semana yo iba a llevarles despensa; hasta ropa y zapatos les compré, no tenían nada. Los domingos íbamos por ellas, junto con mi hijo, y los llevaba a pasear.

A principios de diciembre me dijo que ya había rentado una casa y que nos fuéramos con él. Pedí un permiso económico y me lo negaron; solicité mi finiquito y no me lo dieron; no estaba en tiempo. El 20 de diciembre me fui a Puebla con él y los tres niños. Me llevé todo lo que tenía en mi recámara: cama, tocador, librero, esquintero, televisión, etc. Mi mamá lloró, lloró tanto que no dijo nada. Fuimos a casa de él a recoger a las niñas. Una vez ahí, su mamá peleó con él.

—¡Dame dinero! —le pedía ella, al tiempo que le golpeaba el pecho.

—No tengo —le respondía, y la señora empezó a maldecir.

Subí a los niños al carro y me acerqué a ella, eran las diez de la noche.

—Señora, no nos maldiga. Vamos a salir a carretera y usted no sabe si regresaremos.

—Pola, contra ti no tengo nada, él siempre se ha desobligado de mí.

—Tenga, señora, es para usted —y tomó el dinero al mismo tiempo que le gritaba a Eloy:

—¡Con una de tus hijas lo vas a pagar!

Nos fuimos y ella se quedó diciendo muchas cosas.

Al amanecer llegamos a Puebla. Para mediados de enero mi dinero se acabó, ya que compramos lo indispensable. Él se vio obligado a darme: trescientos o cuatrocientos quincenales, muy poquito, dizque porque tenía muchos descuentos.

El dinero no alcanzaba, sólo de renta eran quinientos pesos; quedaban trescientos para escuela, comida y gasolina. Eloy empezó a faltar, a llegar tarde a la casa; ya no quería que fuéramos a recogerlo a su trabajo, todo el tiempo tenía pretextos.

En mayo dijo que iniciaría el trámite de divorcio. Siempre creí en lo que él decía, ¿por qué? No lo sé. Fuimos a Amilcingo, Morelos, a levantar un acta. Nos dijeron que debíamos ir a Xonacatepec, y así andábamos. Un día fuimos a robar a la niña más pequeña, a sabiendas de que él siempre dijo que esa niña fue la causa de la ruptura familiar, ya que ella se embarazó cuando él no estaba.

El 1 de junio lo transfirieron a Villahermosa, Tabasco. Se fue sin dejar dinero y me dejó con cuatro bocas que mantener y a punto de que los niños salieran de la escuela. Hasta el Monte de Piedad fui a parar, me sentía la mujer más miserable del planeta. Les dije a los niños que necesitaba trabajar. Mi hijo preguntó: “¿Quién nos cuidará? Antes mi abue me cuidaba, no nos puedes dejar solos”. Les dije que en dos semanas, cuando las clases terminaran, regresaríamos a Oaxaca. Iría a dejar a las niñas con su abuela y nos separaríamos, ya que no podíamos vivir sin ingresos.

Como a los tres o cuatro días, aproximadamente, Eloy me habló por teléfono para decirme: “Las rentas están muy caras; envíame mi acta de matrimonio”. Furiosa, le dije que cómo era posible que todo el tiempo me estuviera utilizando. El acta la quería para sacar una casa en una unidad habitacional. Me dirigí a la cocina y algo invadió mi ser. Me fui inclinando poco a poco hasta quedar sentada en el suelo. Ahí se me acercó la niña y me dijo: “No llores, nunca te voy a dejar de querer”. Mi reacción fue animal: le pegué. Nunca lo había hecho. Enfurecí, como si ella fuera la culpable. Cuando reaccioné, la abrace y lloramos mucho rato juntas; le dije que no volvería a suceder.

Los días transcurrieron. Un día le pedí que viera si había agua en la llave, la cual descansaba en la cisterna. Al ver que tardaba en regresar, salí a ver la causa: la niña había caído dentro. La saqué y la llevé al Hospital Militar, donde conté lo sucedido. En ese momento quedé detenida. Era el día seis. Mandaron traer a Eloy, quien le avisó a su mamá, a la mamá de la niña y a mis

papás. La agente del Ministerio Público sentenció desde ese momento: “De mi cuenta corre que no salgas de la cárcel”.

Los días que estuve detenida me tuvieron en un cuarto oscuro, sola y nunca me pasaron ni agua. Los judiciales entraban y me golpeaban con una naranja para no dejar huella y decían: “Sácala, vamos a matarla”. Me dejaban tirada y se salían. Al rato regresaban y se repetía la escena, y así fue todo el tiempo. Un día un judicial me vio muy mal y me cambió de celda: “No se vaya a suicidar, esto es temporal”.

Al cambio de turno los judiciales entrantes me regresaron a la celda oscura y, otra vez, me aplicaron su ley. Tengo una desviación en las encías por un golpe.

Cuando me trasladaban al Cereso, los judiciales me bajaron de la camioneta en un barranco y me gritaron: “Corre, corre”, y me empujaban. No corrí, conocía la ley fuga. Uno de ellos, muy disgustado, me cacheteó y me empujó a la camioneta.

En esos días el DIF solicitó a los niños, entre ellos, mi hijo. Cuando terminó la revisión, el médico y un psicólogo dijeron: “Todo está bien, pueden irse”. Cuando salían, llegó el Ministerio Público y preguntó por qué se iban. Los médicos repitieron lo que ya habían dicho. A la licenciada no le gustó y sacó a mi papá, a mi hijo y a Eloy. La declaración de las niñas quedó como la licenciada quiso. Hicieron ahí una reconstrucción de los hechos con una muñeca, de cómo yo había ahogado a la niña. También tomaron fotos de la niña más chiquita, que ni siquiera sabía hablar.

Mi proceso era por lesiones, pero a los ocho días la niña falleció y el cargo se volvió homicidio calificado. El acta de defunción señalaba una cosa, y mi abogado decía que saldría. Después apareció una segunda acta. Mi proceso tiene dos actas de defunción que se contradicen entre sí. Yo siempre dije que no había maltrato. El último día de mayo, Eloy y yo llevamos a los niños al pediatra del hospital. El médico sólo mandó tratamiento para

desparasitarlos, después de revisarlos y pesarlos. Ese papel de la cita médica, y otros más, se los robó Eloy; nadie me creyó que a cada paciente le entregan su expediente.

Durante esos días en el hospital, mis papás vieron a Eloy con su mamá y con su mujer muy unidos, ella con un embarazo avanzado que se le notaba y mucho, lo que me indica que vivía con las dos y que a mí sólo me utilizó para fastidiarle la vida a la otra señora, o no sé bien para qué.

Los primeros días de mi estancia aquí fueron terribles. Cuando dormía, soñaba que tenía relaciones sexuales, y al momento de la penetración despertaba con las piernas apretadas con tal fuerza, que me dolían. Mi mamá y mi cuñada la mayor vinieron a verme y les dije llorando que extrañaba a Eloy, que lo amaba. Mi mamá dijo que era una pasión desordenada.

Mi familia regresó a Oaxaca, para volver al mes. Emy, una amiga cristiana de mis hermanos, vino a conocerme y me trajo comida caliente. Yo, llorando todo el tiempo, le contaba que necesitaba a mi hombre. Era tan grande el deseo sexual, que un día le confesé: “Emy, tengo miedo de salir gritando un día ¡quiero un hombre!” Tuve miedo de mi reacción. Me di cuenta de que era adicta al sexo y de que por mi adicción fui usada.

—Vamos a orar y a pedirle a Dios que se haga cargo de tu sexualidad.

—Ora tú —le dije, y gracias a sus oraciones y a Dios empecé a dormir plácidamente a partir de ese día.

Emy es mi amiga y durante casi nueve años nunca ha dejado de venir; me quiere mucho y yo a ella.

El proceso continuó, me sentenciaron. La primera vez a treinta y seis años y reparación del daño; fuimos a la apelación y revocaron el proceso. Luego me volvieron a sentenciar a treinta y cinco años, me quitaron un año y la reparación del daño; volvimos a apelar y llegó confirmada. Fuimos al amparo; lo rechazaron al igual que la revisión. He agotado las cuatro instancias.

El primer año que estuve aquí peleaba con todas mis compañeras y les pegaba, y también les rezongaba a las custodias. Siempre estaba *entalachada*, hasta que un día dije: “Pola, o te comportas o un día te abrirán otro proceso”. Me reuní con las cristianas que venían aquí y, después de algunos meses, me convertí en cristiana convencida.

A finales de 1997 platicaba con mis compañeras, les compartía la palabra de nuestro Señor Jesucristo, y muchas veces les apoyaba económicamente; no al cien por ciento, pero sí en algo para iniciar un negocio de ventas aquí mismo. Actualmente las sigo ayudando de la misma forma, incluso con el material que tengo. Cuando alguna de mis compañeras tiene bebé, me organizo con los de la iglesia cristiana interna y la cuidamos durante la cuarentena.

Antes, cuando teníamos como coordinadora a la señora Judith (hasta hace un año), ella sabía muy bien de todo y la apoyábamos sin interés alguno. Me daba permiso de entrar a los dormitorios a visitar a las enfermas, oraba por ellas y les llevaba aunque fuera un pan. A lo largo de estos años he visto muchos milagros de Dios aquí, en la sección femenina. Decidí cambiar y eso sucedió; sólo le di a Dios la oportunidad de que transformara mi vida, y en él sí hay readaptación.

Hoy por hoy tengo un grupo de veinticinco personas a quienes les comparto la palabra de Dios, además de las que visito ocasionalmente para llevarles una palabra de aliento. En una ocasión, una trabajadora social de aquí me dijo:

–Pola, si hubiera sabido que ibas a cambiar, mi informe para tu sentencia hubiera sido otro.

–Lo que tenemos, damos. Cuando llegué, traía traición, amargura, soledad, un desorden.

–Ojalá tengas una oportunidad.

Hoy sigo compartiendo a mi Cristo para que vivamos aquí lo mejor posible. Mis padres y mis hermanos no han dejado de

venir dos o tres días al mes. Durante estos años, mi familia no me ha abandonado. Mi padre es un hombre de setenta y tres años, y hace dos ya no le dieron más trabajo. Al no alcanzarnos el dinero, mi mamá, una mujer de cincuenta y ocho años, pese a su edad, está trabajando. Mi hijo está en la universidad, gracias a Dios, y mi hija está en la preparatoria.

Como familia, clamamos a Dios un milagro para que muy pronto volvamos a reunirnos. Mientras ese día llega, quiero seguir viviendo bajo la bendición de mi Dios; por eso he aprendido a ser obediente. Ahora que tengo el temor de Dios en mi corazón, anhele dejar una buena huella antes de morir (hacer siempre el bien sin importar a quien), aunque le digo a mi Jesús en oración: “Padre, dame una oportunidad de demostrarle a mis padres y a mis hijos cuánto los amo y honro ahora”.

Centro de Readaptación Social
Puebla, Puebla